

DE LA REALIDAD AL SIMBOLO: LA HISTORIA DEL HOMBRE ELEFANTE

Gastón Gaínza

1. En la segunda mitad del siglo pasado, nació en Inglaterra una criatura humana monstruosa que sobrevivió durante más de veinticinco años. Se llamó John Merrick (1864-1890), aunque fue conocido más bien por su apodo: "el hombre elefante", mediante el cual era anunciado en una feria londinense. En pleno desarrollo de la medicina positivista, su constitución y estado provocaron la curiosidad de uno de los más renombrados médicos del Hospital Clínico de Londres. Esto le valió la posibilidad de permanecer en dicho centro hospitalario durante los últimos cuatro años de su vida, superando, de ese modo, su triste condición de espectáculo abominable para la malsana curiosidad de quienes se sienten atraídos por lo grotesco y degradado.

Víctima de una enfermedad compleja y, para entonces, desconocida, el hombre elefante mostraba en su físico repugnantes huellas de su mal; sin embargo, psicológicamente, su condición era normal —al menos, todo lo normal que podría ser una persona que advierte la repugnancia que provoca con su presencia y que establece vínculos comunicativos precarios y efímeros—, y le permitió adquirir en el período en que vivió en el Hospital de Londres, diversos programas de socialización que hasta entonces le habían sido totalmente ajenos. A ello contribuyó el interés con que

su médico lo atendía, manifiesto, entre otras formas de aproximación, en una total intercomunicación lingüística verbal, dificultada para otros por los defectos físicos de Merrick.

La niñez y adolescencia del hombre elefante transcurrieron en un hospicio, al que fue llevado por su propia madre. De allí salió por la gestión de un feriante que advirtió, en la deformidad de su cuerpo y en la monstruosidad de su rostro, las posibilidades de atracción mórbida de masas deseosas de ver fenómenos repugnantes, extraños e inexplicables. Fue, en esa condición de espectáculo, que lo halló el Dr. Treves, quien habría de convertirse en su protector y en su médico. El Dr. Treves escribió acerca de su experiencia en el trato con Merrick, a quien, sin embargo, no logró curar físicamente (razón por la cual, con toda seguridad, compensó su dedicación, enfatizando los aspectos psicológicos de un tratamiento de rehabilitación).

Del testimonio del Dr. Treves —cuya objetividad presenta algunos puntos vulnerables: sentimiento de frustración por no haber podido sanarlo; sentimiento de lástima por la triste situación del enfermo—, se desprenden descripciones del carácter de Merrick, de sus anhelos y proyectos, de sus sentimientos y preocupaciones. Resalta, entre ellas, la que lo representa ansioso de

convivencia, sobre cuya base elabora el propio Dr. Treves uno de los principios de su atención a Merrick: procurar rehabilitarlo socialmente. Para lograrlo, motiva el interés —y, de seguro, la curiosidad-compasión— de los más conspicuos sectores de la aristocracia inglesa, algunos de cuyos miembros acuden a visitar al hombre elefante, muestran amabilidad con él, le conceden su trato.

La rápida aproximación a la realidad de John Merrick, el hombre elefante, proporciona ciertos datos que es preciso sistematizar. Es conveniente, ante todo, clasificarlos según remitan a Merrick —en su condición de persona o, lo que es lo mismo, de proceso histórico individualizado— o según denoten formas de relaciones sociales que incluyen al hombre elefante. Entre los primeros, se distinguen la monstruosidad de su físico, el desamparo con que se desarrolla su existencia, la precariedad de su comunicabilidad, el ansia de establecer vínculos con otros y el afán de integrarse plenamente en su ámbito social; entre los datos que lo caracterizan socialmente hay que destacar: la condición dependiente (de un hospicio, de un feriante, de un centro hospitalario), la calidad de monstruo-espectáculo (y, en consecuencia, de "mercancía") y la posición que ocupa en el cuadro de desarrollo de la ciencia médica inglesa del último

cuarto del siglo XIX. Sería necesario, en mi opinión, insertar tales datos en el conjunto estructural de la sociedad inglesa de la época; el modo de producción dominante —manifiesto en el creciente desarrollo industrial—, condiciona una existencia social ideológica (esto es, percibida desde una red de representaciones y valores que niegan, enmascaran y ocultan las relaciones de producción históricas) cuya materialización es el mercado. Negadas así las relaciones de explotación, se perciben las relaciones sociales sólo como el encuentro de los hombres en las circunstancias de consumo, de compra-venta.

De lo dicho se desprenden dos consideraciones aparentemente distantes: de un lado, que la existencia de Merrick —su presencia histórico-geográfica— realiza y encarna la ideología dominante de la coyuntura en que le corresponde vivir; él es, ante todo, mercancía; ocupa, por consiguiente, una posición en el mercado (así lo entiende el feriante que lo saca del hospicio; y así, también, pudo percibirlo el centro hospitalario londinense donde transcurren sus últimos años).

La otra consideración se refiere al modo como evoluciona la relación del Dr. Treves con el hombre elefante; la información de que se dispone —fundamentalmente recogida en los escritos del Dr. Treves—, consiste en una secuencia

iniciada en el interés médico que culmina en una preocupación moral. Esto permite postular que la percepción de Treves está determinada, en su fundamento, por una estructura ideológica ligada a una clase o grupo social específicos.

Los hechos a que apuntan ambas consideraciones, se unen mediante la contradicción materializada en los propósitos de Treves en orden a conseguir la rehabilitación social del hombre elefante. En otras palabras, la posición que ocupa el hombre elefante en la estructura social en que vive, corresponde estrictamente a la que le adjudican las relaciones de producción vigentes en ella; en cambio, la posición que Treves —voluntariosamente— pretende asignarle, sólo corresponde a un valor ideológico inducido por una matriz moral: “soledad ↔ convivencia”. Esta triste conjunción es producto del sistema de representaciones y valores ideológicos determinante de la percepción con que Treves asume —y, simultáneamente, rechaza— al hombre elefante.

Las características de Merrick denotan una existencia insuficiente; la fealdad y la dolorosa enfermedad lo condenaron a una vida de carencias insuperables, socialmente encauzadas, si bien con resultado distinto, tanto a través de la exhibición (en la que su apariencia monstruosa constituye el espectáculo) como por medio del interés “científico” que le dedicó la medicina de su tiempo. En el primer caso, la venta de su fealdad le permite sobrevivir penosamente; en el segundo, la venta de “su” importancia patológica le dispone un lugar para morir en condiciones mínimamente dignas. En ambos casos, hay un intermediario. Toda vez que las condiciones de sociabilidad corresponden a relaciones de mercado, es obvio suponer utilidades en quienes realizan tal tarea.

Las características del grupo social a que pertenece el Dr. Sir Frederick Treves, por su parte, definen una percepción ideológica de las relaciones sociales por cuyo intermedio se valora la felicidad del ser humano como la capacidad de:



Photo de Merrick extraite de l'essai « The True History of The Elephant man » de Michael Foot et Peter Ford (Edinburgh and Dublin Limited, Londres)

Les fa histori

Tous les person
existé
John Merrick : l
juste à sa mort
de la représentation
de son séjour à
Frederick Treves
patient, les ph
Procureur Asses
écritain et publie
médicales, ainsi
1923.
Mrs Madge Kan
de F.W. Robert
débute sur le sc
« L'Esquig » El
Terry, la grand-t
fut nommé « C
ricue » Elle Hoi

La maladie de
nature, selon
est une affec
terrière de la
opérations
différentes, et
souffrir probé

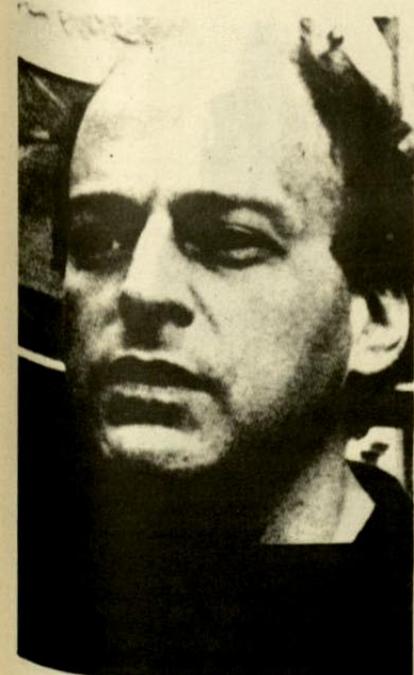
Le cor

1890 - Appointe
Commission de l
statut »
Problèmes sociaux

en primer lugar, *no estar solo* (o, lo que es lo mismo, *estar integrado*, incorporado a; pertenecer a), y, en segundo término, *ser educado* (esto es, haber apprehendido los diversos programas de socialización exigidos por el sistema social —o sea, por la clase dominante—, cuyo dominio y manejo constituyen la medida del ‘valer’ social, de la inserción —más o menos profunda— en lo que llaman “la cultura de su tiempo”, determinaciones todas éstas absolutamente ideologizadas, aunque sea redundante señalarlo).

La convivencia es, por consiguiente, superación de soledad y posibilidad de educación. Como representación-valor ideológico, niega las relaciones de explotación, coacción y manipulación que *realmente* —esto es: en la historia verdadera— caracterizan la sociabilidad del sistema. La representación a que convivencia apunta, enmascara el hecho de que la soledad no existe: puede decirse que un hombre está solo siempre que se acepte el valor metafórico de este adjetivo, toda vez que, por definición, el hombre es un ser social. En realidad, no existe “el” hombre, sino “los hombres”. *Estar solo* es un proceso que implica vivir en sociedad; es un acontecer que sólo puede reconocerse como fenómeno de la vivencia social.

El ámbito ideológico en que se define la convivencia —en su



oposición-sistema con 'soledad'—, corresponde a la moral (dentro de la estructura ideológica de formaciones económico-sociales desarrolladas). No es bueno estar solo, porque, por lo pronto, quedan impedidos los recursos sociales de programación del comportamiento, es decir, los mecanismos que permiten reproducir las relaciones de producción vigentes. O sea, es buena la convivencia —es expresión de bondad respecto del pecado de la soledad, equivalente a la disidencia, a la insurrección—, porque se establece con rígidos programas educativos que son expresión socialmente legitimada de las pautas de conducta a que deben sujetarse los "buenos ciudadanos".

El contenido ideológico de la percepción-actitud de Treves en relación con el hombre elefante, se manifiesta en la aproximación "humana" que le dedica, superando la de carácter profesional médico. Como se indicó arriba, es muy probable que en ella tuviese influencia el sentimiento de frustración provocado por la ineficacia de su intento terapéutico. Con todo, es mucho más comprensible asignarle origen en la estructura ideológica con que Treves representa y juzga las relaciones humanas. El hombre elefante adviene, así, para Treves y su grupo social —el que, por su "prestigio", marca pautas de consideración y estimación de personas—, un ser enfermo de soledad antes que víctima de la neurofibromatosis que lo convirtió en monstruo.

2. Bernard Pomerance es un dramaturgo norteamericano residente en Inglaterra; nació en 1940. Fundó en Londres, en 1972, el grupo teatral *Foco Novo*, con David Aukin y Roland Rees, con el propósito de promover un nuevo punto de partida —como lo denota la denominación del grupo, la cual corresponde, asimismo, al título de la primera producción, obra de Pomerance y la compañía— al quehacer dramático. Entre los datos con que suele presentarse en los programas de los montajes de sus obras, se destaca el que informa acerca de una adaptación que realizó de *Un hombre no es más que un*



hombre, de Bertolt Brecht, que se presentó en el Teatro de Hampstead en 1975. Este dato aporta, en mi opinión, luces acerca del propósito de su *Foco Novo*: "a new starting point".

Ha declarado Pomerance que fue su hermano Michael quien le contó la historia del hombre elefante; asimismo, fue su hermano, también, quien le hizo llegar una fotocopia de las *Memorias* de Sir Frederick Treves y un ejemplar del libro *The Elephant Man. A Study in Human Dignity*, de Ashley Montagu, en el que se publican fotos de John Merrick y de la maqueta de la iglesia de St. Philip que éste hizo en el Hospital de Londres, durante los últimos años de su vida. Ha dicho Pomerance que al libro de Montagu se debe la exitosa recuperación de la historia del hombre elefante, y no andaría descaminado quien advirtiese que, en opinión de Pomerance, tal recuperación sólo podía efectuarse replanteando la historia de Merrick en el marco de los derechos y de la dignidad humanos.

La finalidad de todo lo que hasta aquí se ha dicho, así como la de lo que se dirá en adelante, consiste en proponer como objeto de reflexión el vínculo que hay entre la historia del hombre elefante y la sensibilidad de Bernard Pomerance, habida cuenta de la distancia temporal que media entre ambas (casi un siglo). Mi suposición

consiste en considerar que no es casual que Pomerance decida teatralizar las vicisitudes de los últimos seis o siete años de vida de Merrick; una necesaria corriente de simpatía debe de unir la secuencia de sufrimientos del hombre elefante con la sensibilidad de Pomerance. Creo conveniente el intento de revelación para explicar, sobre la información que proporcione, el impulso creativo emergente de la sensibilidad afectada.

Hay dos factores, por lo menos, que precipitan el interés por la historia del hombre elefante: la compasión y el desagrado. El primero se origina en el sentimiento que despierta la penosa condición de Merrick; el otro, en la impotencia con que se lo percibe en calidad de víctima de explotación. Ambos actúan simultáneamente en la sensibilidad de quien toma conocimiento de la biografía de Merrick, y, por cierto, Pomerance no debe haber sido ajeno a tal influencia.

Metodológicamente, sería importante identificar con cuánta fidelidad ha podido Pomerance advertir la existencia de la matriz ideológica "soledad ↔ convivencia" en los escritos del Dr. Treves sobre el hombre elefante, pues el resultado de su encuentro con la historia es una obra dramática. Dicho con otras palabras, si el texto —referente de mi observación; los



eventuales montajes efectuados sobre su base, escapan del propósito de este trabajo— elude la presentación de las condiciones reales en que se desarrolló la existencia de Merrick, adolecería de la misma insuficiencia que se advierte en las memorias de Treves. La lectura ideológica de *The Elephant Man. The Story of John Merrick (1863 to 1890)*, de Bernard Pomerance, podrá resolver tal cuestión.

Con todo, no es ésa la finalidad de mis reflexiones en este artículo. Me limito en él a la proposición de una hipotética identidad de la sensibilidad social manifiesta en la decisión de Bernard Pomerance, que consiste en dramatizar (esto es: convertir en texto dramático) la historia del hombre elefante. Considero que existe cierta analogía entre esta circunstancia y aquella en que Frederick Traves decidió rehabilitar "socialmente" a John Merrick.

Si algún mérito pudiese tener mi aproximación, consistiría en proponer en un plano crítico la discusión acerca de la evolución de las estructuras ideológicas de formaciones económico-sociales capitalistas desarrolladas —e, incluso, superdesarrolladas—, y acerca de la inadecuación de ideologías particulares de esas formaciones a las formas ideológicas de los ambientes "intelectuales" del tercer mundo.

La sensibilidad de los hombres es uno de los productos del proceso de socialización. El factor básico que interviene en su desarrollo, es la programación social específica de cada formación económico-social. La programación social moldea las conductas relativas al modo de interpretar y valorar las percepciones de la realidad; lo sensitivo no escapa, en consecuencia, de las determinaciones históricas de la vida social. Los programas sociales, de los que el más importante es el de los modos de producción, producen y, a la vez, son producto del desgarramiento provocado por las contradicciones entre los componentes de la formación: clases, subclases, grupos, subgrupos. En consecuencia, sus productos —la sensibilidad, entre ellos— admiten diferencias y oposiciones.

La lectura primera del texto de Pomerance, revela una preocupación por el énfasis en la mercantilización del personaje. Destacada la relación con Ross, como un proceso en el que Merrick aprende la voracidad de la explotación, los trazos más sobresalientes de la red de relaciones posterior, se refieren al uso que de Merrick hace Carr Gomm, el administrador del Hospital de Londres.

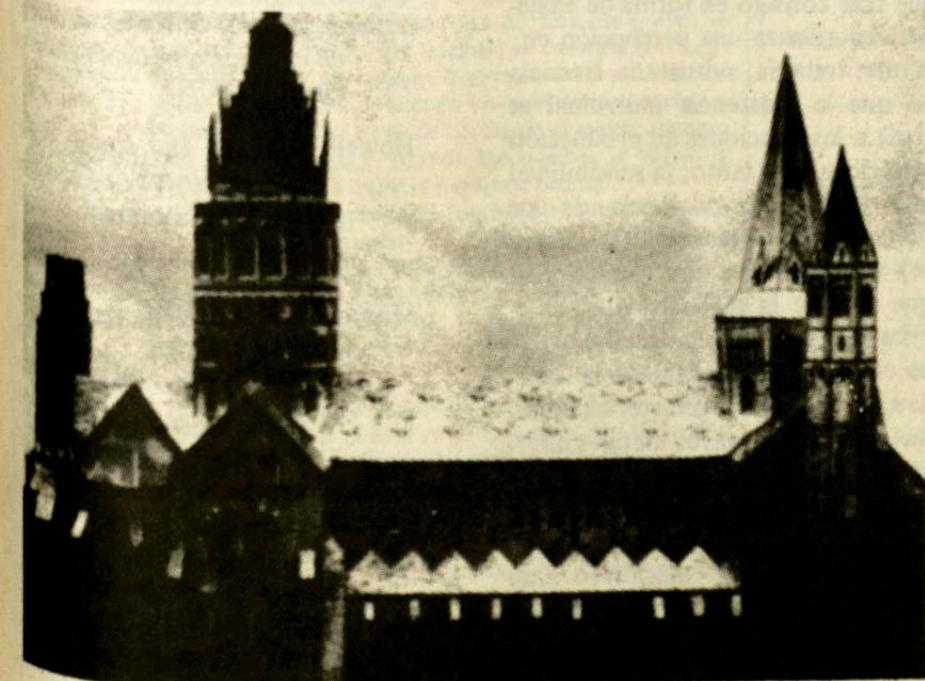
Desde este punto de vista, puede formularse una hipótesis de trabajo: la matriz sobre cuya base

se estructura el universo ideológico del texto, consiste en la oposición dialéctica entre "autenticidad ↔ enajenación"; el formante fundamental del nexo estaría representado por la condición de mercancía a que *una forma específica de sociedad civil* (= la sociedad capitalista) condena a John Merrick.

Existe una diferencia, en contraste con la perspectiva de Treves, entre la sensibilidad producida socialmente en la etapa ascendente del capitalismo y la que es producto de las condiciones críticas de fines del tercer cuarto del siglo veinte: la primera, durante el apogeo del imperialismo inglés; la otra, en el proceso imperialista norteamericano, después de la derrota de Viet Nam y del triunfo de la revolución cubana. La "soledad—convivencia" es una matriz optimista; no así, "autenticidad—enajenación".

Por otra parte, la interpretación de la matriz "autenticidad—enajenación" hipotéticamente identificada, no es la misma entre receptores de sectores sociales "intelectuales" londinenses de 1977, y receptores de capas medias "cultas" hispanoamericanas actuales. La formulación de esta observación debería distinguir, de manera más eficaz, que se trata de: a) una interpretación no ideológica del contenido del texto de Pomerance; algo así como la recepción acrítica de su mensaje, y b) una comparación entre "consumidores" de textos dramáticos que tienen muy poco en común. Por consiguiente, es un ejercicio que tendría que ver con la teoría de la traducción y con la filología, de no ser que —como, por cierto, sucede— entre los consumidores hispanoamericanos (críticos, comentaristas, profesores) se produzcan respuestas al acto de consumo.

De hecho, pretender que el contenido de *El hombre elefante* de Bernard Pomerance (e insisto que me refiero, exclusivamente, al texto dramático) cuestiona la relación "individuo—sociedad", es pasar por alto la percepción más aguda que los sectores medios de las formaciones capitalistas desarrolladas tienen





sobre su desgarramiento social: la de ser mercancías o, lo que es lo mismo, la de no ser auténticos.

Repárese en que las respuestas sociales del tipo de los hippies y de las pandillas juveniles europeas sedientas de violencia, constituyen en formaciones sociales superdesarrolladas un modo de reivindicar el sentido de la existencia que la programación social enajenante les ha arrebatado (esto es: así perciben ellos la situación en que las condiciones reales de producción sitúan a los diferentes sectores sociales).

En cambio, en las formaciones sociales subdesarrolladas el enmascaramiento de la brutalidad del modo de producción capitalista —y, en consecuencia, la inhumanidad

que trae consigo en forma de enajenación—afianza una percepción en la que, todavía, subsiste la creencia en que la existencia individual es ajena a las relaciones de producción históricas. Por tanto, la sensibilidad que traduce la violencia de los procesos de enajenación (Pomerance) es ajustada a una sensibilidad que percibe la realidad como desajuste entre la voluntad individual y un ente metafísico llamado la sociedad, al que se lo caracteriza como factor negativo; otros matices intervienen en el establecimiento de la oposición —como el que la “voluntad” individual tenga mayor consistencia según la información (o “cultura”) que posea el individuo—, pero para este análisis basta con su identificación elemental.

3. Para concluir esta aproximación a la relación entre la historia de John Merrick, el hombre elefante, y el dramaturgo Bernard Pomerance, basta decir que no tiene otro cometido que llamar la atención acerca de una de las posibilidades supuestas en la metodología de la ‘lectura ideológica’. La categoría que la funda es la *sensibilidad*, cuya manifestación individual puede captarse en el texto.

También puede ser útil para la reflexión de los equipos de montaje, y, quizá, para el director a cargo de los mismos. Pero su sentido básico reside, ante todo, en insistir en las ventajas de la lectura ideológica como método de comprobación de las características específicas del universo semántico-ideológico de todo texto y, en especial, de los textos productos literarios.

Haber elegido *El hombre elefante* se debe, en lo fundamental, a que el Teatro del Angel ha hecho el esfuerzo, encomiable, de efectuar su montaje en San José. Por lo demás, es sin lugar a dudas uno de los textos dramáticos más significativos de nuestro tiempo. Responde, en efecto, a un verdadero proceso de creación a base de materiales históricos que cuestionan la dignidad y los derechos de los hombres. □

TEXTOS IMPLÍCITA Y EXPLÍCITAMENTE ALUDIDOS: _____

Gallardo, Helio: *Mitos e ideología en el proceso político chileno*. Heredia, EUNA.

Howell, Michael and Peter Ford: *The True History of the Elephant Man*. London, Allison and Busby.

Moore, Stanley: *Crítica de la democracia capitalista. Una introducción a la teoría del estado en Marx, Engels y Lenin*. México, 5a. ed. corregida. Siglo XXI.

Pomerance, Bernard: *Elephant Man*. Versión en francés en: *L'avant scene*, No.689 (et. mai 1981), 9-26.